

EFFECTOS EXTERNOS Y REALIDADES INTERNAS EN LA NUEVA REPUBLICA DE LIBIA

Cuando el lunes, 1 del mes de septiembre, las agencias mundiales de prensa e información dieron cuenta de que en Libia se había producido un golpe de Estado militar, derrocando al Rey Idris, la noticia impresionó, sobre todo, por sus aspectos de posibles repercusiones internacionales. Desde París, Londres, Roma y otras diversas capitales europeas, la mayor parte de los comentarios inmediatos se centraron sobre pronósticos referentes a las consecuencias posibles de la conversión del anterior reino libio en una república definida como «revolucionaria, socialista, progresista y consagrada a la lucha contra el colonialismo y el racismo» (según el texto de la primera proclama definida por el Consejo Revolucionario libio). Así los referidos comentarios hechos desde lejos subrayaron con insistencia el hecho estratégico de que por la larga extensión de sus costas frente a las de Italia, Grecia, etc., así como por el valor del emplazamiento de sus puertos, Libia puede ser un factor clave en algunos aspectos del aumento de la tensión bélica en el llamado «Oriente Medio», y de la intensificación de la presencia naval soviética en el Mediterráneo.

Posteriormente, y aquilatando las noticias e impresiones que poco a poco se fueron acumulando sobre los antecedentes y los enlaces del brusco e inesperado nacimiento de la nueva «República Árabe de Libia», se ha ido comprobando que la parte más importante de sus primeros efectos externos no es (al menos, por ahora) la de sus relaciones con las acciones o las influencias de la grandes potencias. Ante todo, se trata de concretar el papel que el nuevo Estado revolucionario libio puede ejercer dentro del sistema de la Liga Árabe; sobre todo porque con él pasan casi a estar en mayoría dentro del sistema interábigo los regímenes de sus socialismos populares. Pero también resulta que los nuevos gobernantes libios no tienen suficiente fuerza, ni suficientes recursos para montar un régimen que se organice revolucionaria-

mente por sí mismo. Así fue en seguida un tema esencial saber si la república libia, girará en torno a los gobernantes de la R. A. U., los de Siria, o los del Iraq.

Por lo pronto ha sido evidente que el golpe dado en Trípoli ya se veía venir desde hacía tiempo, en vista de que las bases de la estructura estatal libica habían quedado atrasadas y superadas. Respecto a la fecha del golpe parece ser que sus organizadores lo habían fijado para el 24 de marzo, y después para el 5 de junio; aplazándolo esas dos veces por cuestiones de detalle. En una reunión celebrada la noche del 3 al 4 de agosto, fijaron la fecha definitiva. Después de que triunfaron, declararon que la decisión fue para aprovechar el anunciado viaje a Turquía del Rey Idris. Pero parece más seguro que el principal factor determinante del golpe fue la evolución de la cuestión palestina, que llevó a la «pequeña cumbre árabe» de El Cairo entre los Jefes de Estado de la R. A. U., Jordania, Siria y Sudán; además del vicepresidente del Iraq.

En efecto, las influencias e irradiaciones de los pleitos palestinos contra Israel, venían siendo desde junio de 1967 uno de los principales factores internos libios de apagamiento y confusión. Entonces, y durante los meses sucesivos, el Rey Idris se mostró contrario a Israel, pero «con prudencia». Bien es verdad que después, en la Conferencia «cumbre» panarábiga de Jartúm, fue el Reino Libio uno de los tres Estados árabes productores de petróleo (con Kuwait y Arabia Saudita) que se comprometieron a pagar subsidios a los países árabes, víctimas directas del ataque de Israel (la R. A. U., Jordania y Siria) hasta tanto que se llegasen a «borrar las huellas de la agresión». Pero aquella decisión hubo de ser tomada para mitigar o desviar una corriente interna de protesta contra la acción de los gubernamentales fieles al Rey Idris; a quienes se acusaba de excesiva complacencia y facilidad ante la persistencia de la presencia militar británica, desde que en julio de 1953 el tratado anglo-libio de cooperación militar y financiera le fue impuesto al Rey Idris como un residuo colonialista.

En junio de 1967 el ataque de Israel y la guerra de los «seis días», fueron seguidos en todas las ciudades de Libia y en sus zonas petrolíferas por un movimiento general de protesta, encabezado por los dirigentes de los nacionalistas, los estudiantes y los obreros del petróleo. Las masas enardecidas de los manifestantes comenzaron por pedir que Libia entrase decididamente en la contienda, como una verdadera retaguardia del sector egipcio invadido por Israel. Después, cuando el alto el fuego impuesto por la O. N. U. dejó a las

fuerzas armadas israelíes en un borde del Canal de Suez, los protestatarios libios pidieron que no se diese ni una gota de petróleo a las potencias que ayudasen a Israel. Y para apoyar la petición hubo una huelga general en cuya organización colaboraron (curiosamente) desde el Secretario del Sindicato de trabajadores del petróleo, Ghagamsi, hasta el Jefe del gobierno, El Maghrabi.

En realidad, lo mismo los dirigentes populistas que muchos de los palatinos parecían de acuerdo en que Libia no puede disfrutar de una independencia verdadera, ni desempeñar un papel eficaz dentro del sistema de la Liga Árabe, sin que desaparezcan las bases inglesa y norteamericana. La primera es la de Tobruk, junto a la frontera egipcia; donde las tropas británicas, procedentes de Alemania Occidental (y cuyos efectivos no eran precisados), efectuaban periódicamente maniobras de entrenamiento. La segunda es la gran base aérea estadounidense de Weelus, al lado de Tripoli, donde hay 3.000 norteamericanos del personal militar y 2.000 civiles.

Precisamente, una de las primeras y más intensas protestas que el presidente de la R. A. U. Gamal Abdel Nasser, y el rey Hussein de Jordania formularon en junio de 1967, fue motivada por creer que el éxito del ataque aéreo israelí contra las instalaciones de las aviaciones egipcia y jordana se debió, en parte, a que Israel pudo utilizar de algún modo las bases anglosajonas en Libia.

A aquella convicción o aquel recelo se han unido recientemente otros factores nuevos. En los primeros días de septiembre (casi inmediatamente después del golpe que puso fin a la monarquía libia), el famoso periodista de El Cairo, Mohammed Hassanein Heikal (considerado como uno de los elementos más próximos al presidente Abdel Nasser), publicó en el diario «Al Ahram» el texto de un documento secreto del Gran Cuartel General del Imperio Británico en Londres, redactado el año 1965. Dicho documento planeaba con todo detalle un ataque militar de conjunto contra el territorio, la nación y el régimen de la R. A. U., tomando como puntos de partida a Malta, la flota inglesa del Mediterráneo y las bases británicas en Libia. Aquel plan se llamaba «Operación Radford» y fue casualmente descubierto porque en el mismo año fue sorprendido y detenido en Londres un funcionario que estaba vendiendo varios documentos confidenciales. Aquel funcionario se llamaba Percy Sidney Allen. El documento sobre la invasión de Libia, llegó entonces hasta el Oriente árabe; y la actual publicación de Hassanein Heykal se ha hecho para recordar y fijar un antecedente.

Naturalmente parece ser que las posibilidades de ejecución de la Operación Radford fueron relegadas al olvido después de su divulgación; pero la impresión de disgusto y recelo común para sirios y egipcios no ha cesado desde entonces. Esta es una de las causas que explica el que las influencias directas o indirectas del régimen socialista-árabe implantado en El Cairo hayan sido (antes y después del año 1965) uno de los factores ideológicos predominantes en el pensamiento de los jóvenes nacionalistas libios, tanto militares como civiles.

Esto constituye también una de las causas de que el golpe de Estado dado en Trípoli en la madrugada del 1 de septiembre, fuese presentado por los comentarios de algunos periódicos mundiales como «un nuevo triunfo del nasserismo». Y que también se imputase al presidente de la R. A. U. la decisión tomada desde el primer momento por los nuevos gobernantes de Trípoli, de «incorporar plenamente» su país a la lucha contra Israel. Sin duda, al proclamarse la república líbica hubo hechos tan destacados como el que cuando el rey Idris ofreció su abdicación a los miembros del Consejo de la Revolución lo hizo por mediación personal del presidente Abdel Nasser; y por el mismo conducto recibió la respuesta afirmativa. Pero parece que el impulso para la revolución del 1 de septiembre fue, sobre todo, sirio e iraquí a la vez.

Desde Italia al analizar cuidadosamente la revolución libia tratando de explicarla, algunos de los principales diarios han subrayado que su impulso llegó desde el Iraq y Siria. Aparte las influencias egipcias, los dos polos extremistas del ideario del «baazismo» en Damasco y Bagdad, impulsaron el golpe de Trípoli. Es una afirmación interesante si se tiene en cuenta que Italia es acaso el único país no-árabe que está bien informado sobre Libia; donde residen 33.000 italianos y la lengua italiana sigue siendo el idioma extranjero predominante.

Respecto a la influencia siria, la Agencia Nacional tunecina de noticias, dijo desde el primer momento que «el golpe de Estado en Libia estaba respaldado por el partido baazista sirio actualmente en el poder». La influencia siria había sido también predominante en los motines violentos de los estudiantes libios que se produjeron a fines de 1967.

Respecto a la influencia iraquí o iraquiana, un hecho muy destacado en los primeros momentos fue el de que el gobierno de Bagdad hizo saber directamente al gobierno británico que el Iraq se opondría enérgicamente a todo intento extranjero que tratase de oponerse a su revolución libia. También se subrayó el interés de que hiciese una visita, especial y solemne a los jefes

del golpe de Trípoli el vicéprimer ministro iraquí, general Saleh Mahdi Am-mache; el cual había tomado antes parte en la «pequeña cumbre árabe» celebrada en El Cairo.

Dicha pequeña cumbre sirvió por otra parte desmentir radicalmente algunos rumores que corrían por ciertos sitios de Europa Occidental, referentes a que la creación de una nueva república socialista árabe podría hacer más profundo un supuesto «abismo» existente entre los regímenes árabes calificados de «avanzados» (los de la R. A. U., Siria, Iraq, Argelia, Sudán y los dos Yemen) y los que se consideran «moderados» (Jordania, Arabia Saudita, Marruecos, Kuwait y Túnez). Pero aunque entre unos y otros existen sensibles diferencias de puntos de vista (por ejemplo, entre los gobernantes de Egipto y los de Arabia Saudita), no se trata de «abismos» ni de discordias preconcebidas. Así en la referida pequeña cumbre el papel del rey Hussein no fue menos enérgico que el sirio. Y en cuanto a Libia uno de los primeros reconocimientos del régimen de la revolución fue el del rey Hassan de Marruecos; a pesar de los lazos amistosos que se habían subrayado muchas veces entre la casa reinante de Rabat y el rey Idris.

Por esta y otras varias causas directas o indirectas una de las más curiosas y sugestivas hipótesis sobre la verdad de la gestación y realización de la deposición del monarca libio es que se hubiese hecho de acuerdo con el propio Idris I, como una profunda maniobra política.

En las páginas del diario madrileño «Arriba», el conocido periodista señor Gómez Tello fue quien más claramente y con datos muy precisos apuntó tal posibilidad; que por otra parte ya habían sugerido los comentarios de ciertos sectores informativos relacionados con la Liga Árabe.

Dicha suposición aparecía, además, corroborada, porque la caída del viejo soberano no fue acompañada de muestras de odio ni de desprecio. Los sublevados no le acusaron de nada, puesto que lo condenado fue «el sistema» político e internacional que había dado origen al Estado libio; después de que entre enero de 1943 y diciembre de 1950 el país fue de hecho una zona de acción británica, y luego siguió dependiendo de Gran Bretaña en muchos aspectos de orden técnico y tendencias gubernativas.

El señor Gómez Tello se preguntaba lo siguiente: «¿Es una revolución exactamente lo sucedido? El príncipe heredero, Hasan «El Rida», fue el primero en declararse solidario del Consejo de la Revolución. El propio Idris, desautorizando a su hombre de confianza Omar Esh Shelhi, se negó a hacer un llamamiento a sus tribus, y aceptó abdicar. ¿Ha sido una revolución o una

hábil operación para evitar lo que parecía ineluctable; una sangrienta lucha en el momento en que desapareciese de la escena política la respetada figura de Idris I?».

El mantenimiento de las relaciones impuestas con Inglaterra, creaba en la vida pública líbica una especial incomodidad, porque los libios patriotas no admitían la posibilidad de no salir nunca de una independencia que sólo era efectiva bajo algunos aspectos. Los cuatro parlamentos que fueron elegidos en los años 1952, 1956, 1963 y 1964, funcionaron con dificultades, porque la oposición se expresaba siempre con violencia; y al final los partidos políticos quedaron definitivamente suspendidos. La explotación de la riqueza petrolífera que comenzó a hacerse intensamente después del año 1961, aumentó la confusión, porque los beneficios de las cuotas que Libia percibe eran repartidos de un modo que originaba pleitos y acusaciones.

También en la aceleración de aquel malestar interno influyó la guerra palestina de junio de 1967. Entonces fue destituido el gobierno que presidía Mazek (después de las violentas manifestaciones callejeras), y nombrado primer ministro Baccush, que representaba un factor liberal. Pero los «círculos extranjerizados» de Trípoli hicieron presión para que Baccush fuese reemplazado por un tal Ghedaffi, figura de escaso o nulo prestigio.

Los jefes militares, y también, en cierto modo, los civiles que dieron el golpe del 1 de septiembre, representan un factor completamente nuevo. Desde luego el jefe del Estado Mayor, coronel Saadeddín Abu Shueib era conocido porque en 1967 encabezó la protesta contra el paso por territorio libio de armamento destinado a Israel; pero al ser él quien preparó el golpe del 1 de septiembre lo hizo desde Roma, donde se reunieron previamente todos los organizadores. En cambio era menos destacado el coronel Moammer «El Kazafi», que ahora ha sido nombrado Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

Esas Fuerzas Armadas representan un elemento débil y escaso, pues entre tropas de tierra, mar y aire no cuentan con más de 6.000 a 8.000 hombres (en su mayoría voluntarios), para un país que tiene 1.740.000 habitantes. Jefes de ese minúsculo ejército son casi todos los componentes del Consejo de la Revolución, en cuyas manos han quedado todos los poderes del Estado y la soberanía. En cuanto al gobierno que por ahora sólo ejerce funciones de trámite, se componen de elementos que fueron condenados por sus actividades nacionalistas. Su presidente doctor Mahmud Soliman «El Maghrabi», es de origen palestino.

Todos los consejos legislativos y ejecutivos que existían con mayor o menor efectividad, en tiempo del reino de Idris, han quedado suspendidos. Del Consejo de la Revolución dependen todos los servicios militares y civiles, así como los funcionarios y las fuerzas de orden público. La Revolución triunfó sin derramar ni una gota de sangre, pero se ha hecho constar que todo intento de sabotaje será juzgado con la mayor dureza. Además se piensa establecer un tribunal especial para juzgar a aquellos responsables del antiguo régimen que hicieron fortunas por medio de la corrupción en la Administración pública.

Al final, lo mismo que al principio de los cambios experimentados y perspectivas inmediatas de Libia, el *leit-motiv* ha sido y es el de los problemas del petróleo. Porque los 197.000.000 de toneladas allí extraídas, con 3.115.000 barriles diarios, constituyen ya hasta el 40 por 100 de los suministros de algunos países de Europa Occidental. Es más, después del cierre del Canal de Suez, Libia ha llegado a ser la fuente mayor y más cómoda de suministros de petróleos próximo-orientales, para todos los países europeos. Incluso se cree que dentro de un año o dos Libia podrá sustituir a Venezuela en el papel de primer exportador mundial.

En el asunto de los petróleos libios; no sólo importa ahora lo económico, sino mucho más lo político. En el sector de lo internacional general está el hecho de que la mayor parte de los concesionarios de las explotaciones sean empresas anglosajonas (aparte algunas participaciones francesas, italiana y española), a las cuales conviene seguir contando con la voluntad de los nuevos gobernantes de Trípoli. En cuanto a la cuestión de las bases estratégicas que ocupan Gran Bretaña y Estados Unidos, sabido es que las concesiones tenían que expirar en 1972, y teóricamente estaban ya previstas sus evacuaciones en dicho año. La más grave modificación sería que después se las dejaran a la U. R. S. S. Aunque de momento, como Londres y Washington han figurado entre los primeros países que han reconocido la república de Libia, las perspectivas de ruptura parecen alejarse.

Lo esencial que ha de tenerse presente respecto al futuro del país que ocupa las costas tripolitanas y pirenaicas (en casi la mitad del litoral Mediterráneo meridional), es que no sólo constituye *l'altra sponda* de la península italiana, y la puerta principal de acceso a Egipto, sino que, en cierto modo, es una especie de umbral de gran parte de la Europa del Sur. Eso parece aconsejar a Europa que, para conservar el uso completo de los petróleos de Libia, actúe más directamente (dentro y fuera de la O. N. U.) para

obligar a Israel a acatar y cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad. Puesto que los revolucionarios libios tienden a hacer de la cuestión palestina el módulo de sus simpatías y antipatías.

Queda, por último, un aspecto o un enfoque que aún es actual, pero pasa de prisa a hacerse sólo histórico. Es el del rey Idris «El Sennusi», a quien el golpe de Estado sorprendió en Turquía y se fue luego a Grecia; pasando desde un primer momento de indecisión (en el cual llegó a creer en su posibilidad de retorno) hasta la redacción el 8 de septiembre del texto de un documento de abdicación que contaba con enviar por un mensajero especial. En dicho texto, el ex monarca y fundador del Estado libio decía que no quería quedarse en el trono contra la voluntad del pueblo; y recordaba que ya quiso abdicar en 1964, pero no lo hizo porque entonces no lo admitieron el pueblo ni el Parlamento. Parece ser que en la decisión y la forma de la abdicación influía la mediación egipcia.

Con el anciano monarca, que tiene ochenta años (y cuyo nombre completo es Sid Mohammed Idris «El Sennusi»), termina un período entero histórico, no sólo de Libia, sino de todo el Norte africano de los países berberiscos. Sid Idris fue antes que rey, el jefe de la cofradía religiosa islámica de los Sennusi (la «Sanusiya»). Unas cofradías análogas dieron origen a las dinastías reinantes en Marruecos desde el siglo XVI; y otras cofradías dirigieron, entre 1830 y 1880, la resistencia contra la conquista francesa de Argelia. Con los nuevos Estados nacionales marroquí, argelino y tunecino, el papel político de las cofradías es atenuado cada día más; y Libia ahora ha precipitado su apagamiento.

En cuanto al inmediato porvenir, y dejando de lado toda clase de pronósticos subjetivos, el aspecto más interesante de la Revolución del arabismo internacional es el de que representa un nuevo y firme paso adelante de las corrientes de juventud. Tanto por la edad de la mayor parte de sus dirigentes como por el estilo de dirección colegiada y espíritu de equipo que está caracterizando a las más recientes promociones de los nacionalismos panarábigos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.